

RICOEUR, Paul. 2004. *Sur la traduction*. Paris, Bayard. 69 pp. ISBN 2-227-47367-3 (Traducción castellana y prólogo de Patricia Willson. 2005. *Sobre la traducción*. México, Paidós. 80 pp. ISBN 950-12-6544-7).

LA OPERACIÓN APARENTEMENTE SIMPLE de pasar un texto de una lengua a otra está llena de trampas y paradojas, e implica mucho más que cruzar una frontera. Su alcance llega hasta los límites de pretender traducir lo intraducible mientras su beneficio práctico se palpa en pequeñas alegrías de una experiencia de mutua hospitalidad y reconocimiento lingüístico entre los pueblos, que posiblemente apunten al ideal kantiano de una paz universal.

Ricoeur, genial traductor de *Ideas - I* de Husserl, tarea comenzada como prisionero de guerra hacia 1939, sigue la enseñanza de Antoine Berman y no escribe un tratado sistemático del problema sino un opúsculo que recoge tres textos breves, heurísticos, dialógicos en su exposición y que constituyen un todo coherente, según Willson. El primero, un discurso pronunciado en el Instituto Histórico Alemán, el 15 de abril de 1997, bajo el título “Desafío y felicidad de la traducción”, plantea la paradoja ya enunciada por Franz Rozenzweig: el traductor debe servir a dos amos: “el extranjero en su obra, el lector en su deseo de apropiación”. Paradoja que Schleiermacher descompone en dos frases: “llevar al lector al autor”, “llevar el autor al lector”. El oficio de mediador o “pasador” del traductor afronta la paradoja de un voto de fidelidad y a la vez una sospecha de traición a uno u otro. Traducir es un desafío que raya con lo imposible, un trabajo en el sentido de Benjamin (*La tarea del traductor*) y de Freud (trabajo del duelo y del recuerdo; de salvamento y de pérdida). La dificultad de la traducción viene dada por la tensión constitutiva entre el ideal de eco mesiánico de un lenguaje puro, el ideal de una ganancia sin pérdidas. El segundo escrito: “El paradigma de la traducción”, es la Lección Inaugural pronunciada por

Ricoeur en la Facultad de Teología Protestante de París en 1998 y publicado en *Esprit* No.853, Junio de 1999. El problema planteado por el acto de traducir se ofrece, entre otras vía posibles de acceso, a estas dos que Ricoeur expone: asumir la traducción como la transferencia estricta de un mensaje verbal de una lengua a otra, o bien, entenderla como sinónimo de la interpretación de todo conjunto significativo dentro de la misma comunidad lingüística. La primera sigue el hilo sugerido por un título de Antoine Berman: *L'épreuve de l'étranger* (Ed. Cast. 2004. *La prueba de lo ajeno. Cultura y traducción en la Alemania romántica*, Universidad de las Palmas de la Gran Canaria). La segunda, halla en *Après Babel. Une poétique du dire et de la traduction*, 1978, de George Steiner, (Ed. Cast. 1980. *Después de Babel*, México, FCE), su lema: “comprender es traducir” o, como aparece en otro escrito suyo: “la traducción como condición humana”. La propuesta ricoeriana –aún dentro de su perplejidad– no es excluyente y, reconociendo el riesgo de servir y traicionar a dos amos, consiste en “practicar una hospitalidad lingüística” entre una lengua extraña que sabe acoger al traductor con su lengua materna y una lengua materna que sabe acoger a la lengua extraña por la mediación del mismo trabajador. Hospitalidad lingüística que honra nuestros mejores intercambios en el amor y la amistad: discreción– secreto– discreción y que sabe mantener la distancia en la proximidad. Hospitalidad lingüística entre personas, obras, mundos y culturas. La tesis de Ricoeur no desconoce los problemas teóricos de la traducción perfecta ni el aserto de Davidson: “Teóricamente difícil y prácticamente fácil”. Asimismo, subraya el problema de la traducción dentro de la misma comunidad lingüística, dentro de la lengua viva que nos prueba cada día cómo siempre es posible decir lo mismo de otra manera.

En el tercer texto, un inédito dedicado a Jean Greisch, el gran Paul Ricoeur se refiere a “Un ‘pasaje’: traducir lo intraducible”. Una vez más, se trata de una paradoja que se halla a la vez en el origen de la traducción y en un efecto suyo, a saber, el carácter en cierto sentido intraducible de un mensaje verbal de una lengua a otra. De entrada, la heterogeneidad radical de las lenguas en todos sus niveles operatorios: fonético, lexical, sintáctico, semántico, pragmático, debería *a priori* hacer imposible la traducción. Se asiste siempre no sólo a un recorte de lo real sino que la relación del sentido con el referente nos presenta “las oraciones del mundo entero flotan[do] entre los hombres como mariposas inaprensibles”. Es más, éstas son sólo partes de textos más amplios tácitos o explícitos que, a su vez, forman parte de intercambios de más larga duración, de conjuntos culturales dinámicos, históricos diversos, ocultos o abiertos. El traductor ha de partir quizás de las totalidades más amplias y descender hasta la decisión crucial de establecer un glosario en donde la imposibilidad de traducir se cristaliza *in fine*.

A lo intraducible inicial le sucede lo intraducible terminal. Si bien, en teoría la traducción es imposible, en la práctica nunca se ha dejado de traducir y de volver a traducir entre otros, grandes textos como la Biblia. La experiencia del extranjero ha

existido siempre así como el *deseo* de traducir. La imposibilidad de una única lengua original y de una única artificial, y el debate de cada lengua con el misterio, lo desconocido, con la experiencia de lo indecible, lo incommunicable, hace a lo intraducible inicial más inexpugnable. ¿Cómo, entonces, traducen los traductores? La paradoja es soluble a condición de concebir la traducción no como una simple transposición, sino como una labor buscada, presumida, producida, de establecimiento de “una equivalencia sin identidad”.

El ‘trabajo’ y el ‘oficio’ de traducir –de apariencia banal– es un trabajo de temible complejidad y responsabilidad. Se trata del trabajo de un “pasador” siempre en riesgo de traición, siempre en amenaza de haber traducido vergonzosamente ‘palabra por palabra’ o de mentir. En la lucha con lo intraducible, los traductores se acogen al “sálvese quien pueda”. Aún así, no es concebible ninguna dinámica cultural sin la traducción; ella también instala un presente y relee una tradición que se convierte así en esta particular forma de vida. Esta misma reseña se inscribe en el movimiento de la retraducción, de la “acción fiduciaria” (Annie Brisset) que una cadena de relecturas pondrá en tela de juicio junto con la cadena de traductores que la antecede. Ahora es su turno, amable lector. Con todo, no habrá duda de que en cada uno de estos cortos ensayos, Ricoeur nos ha hecho un regalo final, lleno de su inmensa cultura y de su marca original.

Francisco Sierra Gutiérrez
fsierra@javeriana.edu.co